

poral á los malos, por las obras buenas que ejercitan, es, como dije, por un exceso de su bondad; pues en todo rigor de justicia, los iníquos son merecedores solamente del castigo. Lo segundo: que es tambien bondad en Dios negar á muchos viciosos estos bienes; pues de ellos se servirian como de medios para aumentar sus delitos. Lo tercero: que esta misma adversidad puede ser una pena que Dios aplica benignamente como padre, para separar al hombre del camino del vicio, é introducirlo en las sendas de la virtud; porque los hombres mas bien se acuerdan de Dios en el tiempo de la desgracia, que en el de la fortuna; y por lo mismo están en mayor aptitud de convertirse á Dios: y, en suma, el Señor quiere atraer á unos por la concesion de los bienes, y á otros por la denegacion de ellos.

Cuanto á las adversidades de los justos, digo tambien, que ni todos ellos, ni en todo tiempo son atribulados y afligidos; porque muchísimos, aun en esta vida, reciben de la mano de Dios el premio de sus virtudes. Lo segundo: que así como no hay oro, por fino que sea, que no tenga la mezcla

de alguna escoria, de que es necesario purificarlo por medio del fuego; así tambien no hay hombres por virtuosos que sean, que carezcan enteramente de las culpas ligeras: pues de estas quiere Dios purificarlos con el fuego de las tribulaciones. Lo tercero: no se conoceria la dureza del diamante, si no es, resistiendo á los golpes; no se conoceria la solidez del oro sino pesandolo; la dulzura ó amargura de una cosa sino gustandola; y no se conoceria la pericia militar de un general, y el valor de un soldado, sino combatiendo en los campos de batalla. Así tampoco se conoceria la humildad, la paciencia, la fortaleza y la resignacion de los justos, sino sufriendo trabajos, persecuciones y adversidades. Y así como el general perito y el soldado valiente, no recibirán el premio de estas buenas calidades, sino ejercitandolas en triunfar de los enemigos, así tambien los justos recibirán el premio de sus virtudes, sino ejercitandolas, haciendose superiores á las adversidades, y vencendose á sí mismos y á sus pasiones, que resisten los padecimientos.

Finalmente, Severo: ya es tiempo de que te hablé con la sinceridad que me

caracteriza, y con todo el fuego del amor que te profeso. Todos los discursos y razones que hasta aquí he producido, no se dirigen, ni á convenirme á mí mismo de la verdad de que tratámos, porque de ella estoy convencido íntimamente hasta el grado de la mayor certeza, ni tampoco pretendo buscar en esto mi propio bien. Pretendo sí, convencerte á tí de una verdad tan clara y evidente, que solo la niega un hombre, que cerrando los ojos á la luz mas esplendorosa, forma de sus mismas tinieblas un baluarte para defenderse contra las armas poderosas de la razon: y pretendo, en fin, sacarte de las sendas tortuosas del error, que te conducen al término de la mayor desgracia, é introducirte al camino de la verdadera felicidad.

Sever. Pues qué ¿el partido que yo he abrazado es el del error y de las tinieblas, y por efecto de obstinacion cierro el oído á la voz penetrante de la verdad y de la razon? ¿Qué miras, qué interés puedo proponerme en un proceder tan injusto y tan irracional? Si tú defiendes la ecsistencia de Dios por persuasion; yo la niego por convencimiento.

Clem. Si tú no te dieras por ofendido, yo

te hablaria con mayor franqueza y claridad.

Sever. Estoy muy convencido de los buenos sentimientos de tu corazon para conmigo, y así háblame con toda la ingenuidad que te es propia, persuadido de mi buena disposicion para abrasar la verdad en donde quiera que la conozca.

Clem. ¡Ay Severo amado! cuanto me alienan tus espresiones, para que yo te manifieste mi corazon, y para que este se anime de la confianza mas viva, de que algun dia te he de ver reducido al camino de la verdad. Fiado en la libertad que me permites para que te hable ingenuamente, es preciso decirte, que tienes empeño particular en obstinarte y mantener en el ateismo, por las mismas causas que te condujeron á él. Antes de pasar adelante, quisiera que me satisfacieses á una pregunta, con toda la franqueza, que debe caracterizar á un filósofo, que se gloria de ser defensor de la verdad.

Sever. Te prometo contestarte francamente.

Clem. Dime: ¿tu entendimiento se halla actualmente tan convencido del ateismo, como lo estaba antes de que diésemos principio á nuestra conferencia?

Sever. Mi honor::: mi palabra:::

Clem. ¿Qué? ¿qué quieres significar con eso?
No te sorprendas.

Sever. Mi honor me obliga á callar; mi palabra me ecsige responderte; y mi animo estrechado por dos extremos contradictorios, se resuelve á contestarte.

Clem. Ya te entendido: crees que tu honor quede lastimado confesando la verdad; porque es faltar á la fortaleza propia de un filósofo incrédulo. Esa es una fortaleza aparente, y una cobardía real y efectiva, como te demostraré mas adelante. Mira, que jamás fué honrar la verdad por capricho y obstinacion; sino, mas bien, una ignominia, aun en un idiota de la plebe. Por tanto, cumple tu palabra, y da gloria á la verdad.

Sever. Mucho me estrechas Clemente: es forzoso ceder á tus insinuaciones, y decirte, aunque se resienta mi orgullo filosófico, que á proporcion de lo que nos hemos ido internando en nuestra conferencia, he ido perdiendo grados de convencimiento sobre mi sistema; pero no tanto que no me haya quedado el suficiente para mantenerme en el ateismo. Lo único que has logrado es, escitár en mi espíritu una borrasca

de dudas y de temores, que he conseguido serenar con algunas reflexiones filosóficas, que he llamado en mi auxilio.

Clem. Permíteme que te estreche tiernamente entre mis brazos.

Sever. Sea enhorabuena: pero qué ¿esta demostracion es señal del triunfo que has logrado? que lejos estás de eso. Tengo un carácter demasiadamente firme para perseverar en mi persuacion.

Clem. Podria ser el abrazo una señal del triunfo, porque al fin ya está medio conseguido; pero por ahora es una manifestacion de mi complacencia, al oír de tu boca una confesion ingenua; cosa que es muy agena de los ateistas, cuyo caracter es el capricho y la tenacidad; pues aun cuando se les estrecha con razones convincentes, su soberbia les impide darse por vencidos; y solo contestan con el desprecio y el desdén; porque miran á todos los hombres contrarios á su sistema, como una chusma de preocupados, idiotas y bárbaros, segun se esplican en sus escritos y en sus conversaciones; y cada uno de ellos se juzga á sí mismo como un sol de sabiduría, cuyos resplandores son capaces de iluminar al uni-

verso entero. Pero tú me acabas de dar un testimonio de que no eres de ese número, á pesar de esa protesta de la firmeza de tu carácter, para mantenerte en tu sistema: y si tu me escuchas con docilidad las reflexiones que quiero hacerte, y me prometes seguir manifestando con imparcialidad y buena fe los sentimientos de tu corazón, yo me preparo con júbilo á darte otros mil abrazos, por el triunfo completo que espero alcanzar: triunfo en que saliendo tú vencido, tú cantarás la victoria triunfando de tus errores, de tus pasiones y de ti mismo, que es el heroísmo verdadero y glorioso.

Sever. Hasme las reflexiones que quisieres, con la ingenuidad que te es propia; asegurandote de nuevo de mi buena disposición para abrazar la verdad, en donde quiera que la conosca.

Clem. Severo: fiado en la libertad que me permites, te digo: que tú conoces en donde está la verdad, y que eres atea no de entendimiento sino de voluntad; que es decir, que has abrazado el ateísmo, no por convencimiento, sino por inclinacion; pero una inclinacion forzada y violenta. Voy á manifestártelo en las reflexiones siguientes, para

explicar mi sentir, y satisfacer á la pregunta que me hiciste, de que ¿qué miras, qué intenteres puedes proponerte en haber abrazado el ateísmo, y permanecer en él? Escuchame, y te venceré.

No puedo negar que en los siglos de nuestros padres ha habido incrédulos, y que en el nuestro abundan con mayor exceso; ni tampoco negaré, que ha habido y hay hombres de corazón tan corrompido y obstinado, que sean verdaderos incrédulos: lo que sí intento probar es, que son raros estos hombres que permanecen constantes en la impiedad, y que entre tantos que hacen ostentacion de su incredulidad, acaso no habrá uno sobre cuyo corazón no conserve aun la fe su dominio, y que no tema en su interior al Dios que niega, y de cuyo nombre blasfema con audacia. Esta es la primera razon en que me fundo para asegurar, que la mayor parte de los que se jactan de ser incrédulos, no lo son efectivamente; porque los desordenes y vicios en que los vemos sumergidos, no nacen de su incredulidad, sino que mas bien esta nace de sus desordenes.

Sí, Severo: hasta ahora no hemos visto entre tantos hombres que se precian de ser incrédulos, alguno que haya empezado por dudar acerca de las verdades de la religion, y que de las dudas haya caido en los desordenes: todos empiezan por las pasiones, y despues se siguen las dudas, la incredulidad y las blasfemias. Al principio se dejan llevar de los desordenes de la edad y del amor á los placeres infames, y despues de haber andado algun camino, cuando ya están cautivos en el imperio de las pasiones, les parece imposible volver atrás, sacudiendo el yugo de la servidumbre. La luz de la razon natural, su conciencia y la fe, los obligan á abandonar este camino, haciendoles ver la iniquidad de sus obras, y representándoles á un Juez supremo, que observa y cuenta todos sus pasos, y que tiene justicia y poder para castigar en la eternidad con penas terribles todos sus extravios.

Esta consideracion los asusta, los aterra, y los compele á que muden de conducta. Entónces se irritan las pasiones, tocan alarma, y se ponen de parte de ellos contra las reflexiones religiosas, que los quieren atraer á las

sendas de la virtud. La religion amenazandolos con la acervidad de las penas, derrama sobre sus gustos delinquentes el caliz de la amargura; las pasiones acariciandolos con los placeres, quieren consolarlos y fortalecerlos contra sus temores: he aquí á estos hombres vicios constituidos entre dos extremos, sin hallar á qué parte inclinarse. Si siguen el goze de sus deleites, temen las penas preparadas á ellos, y tratan de convertirse á Dios. Se apodera de sú corazon la tristeza y el abatimiento, al ver que tienen que despedirse de sus placeres encantadores: no tienen resolucion para esta despedida: en tales angustias quisieran continuar en sus desordenes, sin el temor de las penas que tanto los molestan y los perturban, y quisieran que lo que enseña la fe sobre estas penas fuese una quimera y una fábula. Entónces el corazon corrompido pide auxilio al entendimiento, á fin de que se persuada de que así es.

De aquí empiezan á nacer las dudas sobre la inmortalidad de la alma, y sobre las penas eternas; pero como en el estado de estas dudas no pue-

den gozar con tranquilidad de los halagos de las pasiones, se empeñan y se afanan en buscar razones para depouer estas dudas, y persuadirse que su alma, como la de los brutos, perece juntamente con su cuerpo. No bastándoles esto para quietarse, solicitan la comunicacion de hombres incrédulos, para que los confirmen en aquellos errores, que pretenden calificar como verdades. Con los discursos capciosos de estos libertinos arrogantes, y con los libros impios que de ellos reciben, se declaran precipitadamente por el partido de la incredulidad; comenzando á negar aquellas verdades de la religion que mas incomodan á las pasiones; y muchos van abanzando á pasos de gigante á sumergirse en el ateismo, y con voz sacrilega y blasfema dicen, *no hay Dios*: pero lo dicen no con el entendimiento, porque de esto estén persuadidos, sino con la voluntad; porque quisieran que no lo hubiera, para entregarse mas libremente á los vicios y desordenes, sin los remordimientos de su conciencia, y sin los temores que infunde al vicioso la creencia de un Dios vengador.

Y así, no hay mayor ignominia para

la incredulidad, que manifestarle su origen. Se atribuye á sí misma falsamente el nombre de ciencia y de luz, siendo así que es hija de la iniquidad y de las tinieblas. No es pues la fuerza de la razon la que reduce á este estado á los falsos incrédulos, sino la flaqueza de un corazon corrompido, que no puede vencer sus infames inclinaciones: una falta de ánimo, que no pudiendo sufrir ni mirar con firmeza las amenazas terribles de la religion contra el vicio, procura deslumbrarse diciendo, que estos son unos temores pueriles y despreciables, hijos de la mala educacion, de la ignorancia y del fanatismo. Estos hombres son semejantes á aquel que caminando de noche sin compañía, amedrentado por los horrores de las tinieblas, canta para animarse á sí mismo: son unos cobardes que ocultan su miedo bajo una falsa ostentacion de valentía.

Confirmo esto con la siguiente observacion. No hay incrédulo, aun de aquellos que mas se jactan de serlo, á quien la muerte repentina de algun compañero, un accidente funesto, una pérdida sensible, un revez de fortuna, una desgracia ruidosa, ó algun gran-

de mal que les amenaza, no mueva á hacer tristes reflexiones acerca de su estado, y á desear vivir arregladamente. Tampoco hay pecador de los de esta especie, que en las circunstancias de la afliccion no busque á los justos para consolarse con ellos, y que no de un paso que haga concebir alguna esperanza de enmienda. No recurre entónces, para consolarse, á los compañeros de su incredulidad; no busca el alivio de su pena en la filosofia del libertinage, que niega á sus secuaces el consuelo y el remedio en el caso de mayor angustia y necesidad: esta filosofia es la religion de los banquetes, de los saraos, de los teatros, de los placeres y del desahogo de las pasiones mas criminales.

Casi todos los incrédulos están discordes y opuestos entre sí sobre los artículos principales de su sistéma. Me seria muy fácil demostrarte esta verdad con los escritos de los mismos incrédulos; y aun debo añadir, que cada uno de ellos vive en unas continuas variedades acerca de los puntos de su incredulidad. Pues si ellos hubieran abrazado esta por verdadero convencimiento en fuerza de la razon natu-

ral, convendrian todos entre sí en lo sustancial de su sistéma, y se mantendria cada uno en su persuasion; porque la razon no puede dictar á muchos ni á uno solo, cosas contradictorias. Pero, aun mas: se observa en cada uno de ellos, que la incredulidad es mas ó menos fuerte, quanto mas ó menos vivas están sus pasiones, de modo que á proporcion de lo que estas se aumentan ó se disminuyen, crece, ó descrece su incredulidad; y que llegando á perder el gusto á los deleites, se lo pierden á la impiedad. Esto sucede especialmente cuando agoviados del peso de las enfermedades, se postran en el lecho del dolor. ¡Ah! en este teatro lastimoso ¡quanto se muda la escena de sus discursos y de sus opiniones, y como se ve desaparecer la decoracion de su aparente fortaleza! Entónces, ¡qué poco trabajo cuesta persuadir aun á los mas pertinaces, que abracen el partido mas seguro, que es el de la religion! Ellos á vista de las puertas de la eternidad que ya se les abren, y de la suerte futura que se les prepara, imploran humildemente los socorros de la iglesia, y claman pidiendo misericordia al

Dios de sus padres, cuyo nombre tanto han blasfemado.

Esta es una observacion que se ha hecho particularmente en aquellos países en que hay mas incrédulos, de manera, que pocos han sido los que han perseverado en su obstinacion, hasta el último momento de su vida; y aun se asegura, que Voltér, patriarca de los impíos, tres veces que se vió en peligro de muerte, pidió un ministro de la iglesia para confesarse: las dos primeras veces lo consiguió; y la última no tuvo efecto por haber impedido la entrada al sacerdote D. Alembert, discípulo predilecto de este incrédulo. Yo no defiendo este hecho; pero así corrió la voz por la Francia, y se ha propagado hasta nuestros dias; y yo me acuerdo haberlo leído en la historia de la vida de este libertino impísimo.

Luego si en estos hombres la incredulidad sigue el destino de sus pasiones; se aumenta, y se disminuye con las pasiones; y cuando estas se adormecen, tiene igual suerte la impiedad, hasta el término de perecer; pues los incrédulos en muchos casos la deponen, y por entrar de nuevo en el camino de

la religion; es una prueba convincente de que las pasiones son la causa de la incredulidad; y de que estos hombres son incrédulos no de entendimiento sino de voluntad; porque desean serlo, porque desean parecerlo, y porque quieren, engañándose á sí mismos, persuadirse de que realmente lo son.

Sever. Si las pasiones fueran causa de la incredulidad, es claro, que los que abandonan la religion, serian mas viciosos despues de haberla abandonado que antes. Esto es evidentemente falso; porque entre los incrédulos se observan unas virtudes verdaderamente recomendables.

Clem. No me rio, Severo, porque no digas que me burlo de tí. Escúchame estas respuestas. Primera: vemos (y yo lo confieso con sentimiento y rubor) que muchísimos cristianos, creyendo que han recibido el ser y otros innumerables beneficios, de la mano bondadosa de Dios; que están obligados á la observancia de su ley, y que tienen destinados premios eternos á la virtud y castigos eternos al vicio, con todo esto, viven tan abandonados á la corriente de las pasiones y de los desordenes, como si nada de esto creyeran. ¿Los

que realmente no lo creen, que nada temen ni esperan para despues de la muerte, y que se persuaden que no hay otra felicidad que la que consiste en los deleites y en el desahogo de las pasiones, estarán adornados de esas virtudes verdaderamente recomendables? Segunda: los incrédulos dan unas definiciones de la virtud tan extravagantes, que lo que dicen de la virtud en nada se parece á la virtud verdadera. Pero aun mas, muchísimos de ellos llevan tan adelante su insolencia y su perversidad, que dicen, que la virtud y el vicio, se distinguen entre sí solo en el nombre. En sus escritos y en sus conversaciones vemos los elogios y la apología de la soberbia, de la fornicacion, del adulterio, de la venganza, del horroroso suicidio y de todos los vicios. Vemos que se burlan en tono lastimero y despreciador, de los que viven con arreglo y moderacion, tratándolos de fanáticos, preocupados y supersticiosos; y lo que es mas, vemos que ellos se jactan y se glorian del desenfreno de sus pasiones, llamándolas desahogo de unas inclinaciones naturales é inocentes; y con todo esto defiendes que se practican

unas virtudes verdaderamente recomendables, entre esta clase de hombres que acerca de los vicios, con corta diferencia, piensan todos de un mismo modo? Si quisiera yo continuar este asunto, tengo materia para hablar muchos dias. Es preciso abreviar y concluir mi reflexion, en cuya confirmacion te voy á presentar un ejemplar muy poderoso, cuya verdad tú la has de confesar como hombre de bien.

Sever. Y ¿cual es?

Clem. El que se ve en tí mismo. Mientras viviste con pudor é inocencia, jamas dudaste de la fe. Acuérdate de aquel tiempo feliz, cuando las pasiones no habian inficionado tu corazon. Quanto te representaba la fe de tus padres te parecia augusto y respetable: tu razon se sometia gustoso al yugo de la autoridad de la iglesia: entónces no cuidabas de proponerte dificultades y dudas; pero luego que se mudaron tus costumbres, empezaron tambien á variar tus ideas acerca de la religion; luego las dificultades que se presentan á tu entendimiento, no provienen de la fe, sino de la corrupcion de las costumbres; y la perseverancia en la incredulidad, nace de la repugnancia

que sientes en cumplir las obligaciones que dimanar de la ley divina, y del trabajo que tendrias que poner en enfrenar tus pasiones. De modo que no tengo embarazo en asegurar, que si á los incrédulos se les propusiera, que habian de creer otros mil artículos de fe, por cada mandamiento que se les dispensára, especialmente el sexto, admitirian la propuesta; y casi ninguno de ellos seguiría caminando por las sendas de la incredulidad.

Sever. Aquellas primeras impresiones que se hallaban en mí, á favor de la religion, provenian de las preocupaciones de la educacion de la niñez, en la que mis padres me comunicaron las ilusiones y el fanatismo de los siglos de la barbarie y de la idiotéz.

Clem. ¡Qué honras, qué gratitud para con unos padres tan amantes y tan bondadosos! Las segundas impresiones que has recibido tan favorables á la impiedad, no han provenido mas que de las preocupaciones de las pasiones y del desorden; y en iguales circunstancias, es mas prudente y seguro seguir las preocupaciones que se formaron en la inocencia, y que inclinan á la virtud, que las que han nacido del seno

de las pasiones, y que incitan solo á la iniquidad y al libertinage.

Sever. ¡Ah, Clemente! ¡Ah, Clemente! Cada:::
Clem. Severo amado, acaba de proferir lo que empezaste: pero tus suspiros y las lágrimas que se asoman á tus ojos, son el idioma con que tu corazon me anuncia la procsimidad de aquel momento venturoso, destinado por la Providencia para tu triunfo y para mi consuelo. Para proseguir, déjame limpiar el llanto que humedece mis mejillas: él es hijo de mi alegría. ¡O llanto el mas halagueño!

Sever. Iba á decir, que cada argumento, ó exclamacion tuya, es una zaeta que penetra mi corazon. Tus discursos serán falsos; pero ellos están revestidos del ropage magestuoso de la verdad. Ellos todo me trastornan; la fortaleza que me inspira la filosofia, no me permite ceder. Mi corazon se halla combatido de afectos contrarios. Tú me has sumergido en un abismo de confusiones. Con esto no lograrás convencerme; pero sí conseguirás privarme de la vida ó del juicio.

Clem. Yo tengo la mas viva confianza en la misericordia del eterno, de que algun dia has de invocar con veneracion

su santo nombre. Jamas deja sus obras imperfectas; y ha comenzado la de tu conversion y la tiene, (*) no lo dudes amigo, la tiene de concluir. Interin llega este momento para mí tan deseado, como importante para tí, quiero para cerrar por hoy nuestra conversacion, pedirte una gracia que no podrás negarme, pues precias de filósofo ingenuo y despreocupado.

Sever. Concedida desde luego: bien puedes decir cual es.

Clem. Que no te empeñes en cerrar los ojos á la luz: es decir, que no te opongas á la verdad, cuando esta se te presente. Ecsamina á tus solas mis racionios; y si te parecen juiciosos, no resistas: abra tu entendimiento la puerta, y hecho esto, ya continuaremos mañana nuestra conversacion.

Sever. Te daré gusto, pues es justisima tu propuesta.

(*) Aquí arrebató la muerte al autor: continúa hasta su conclusion el editor.

ULTIMA CONVERSACION.



Sever. ¡Qué noche tan melesta he pasado, y cuan prolongadas me han parecido sus horas! En cumplimiento de mi palabra, meditaba con imparcialidad las reflexiones que me has hecho, ecsaminaba en silencio las verdades que contenian, y, succediéndose unas á otras las ideas, enteramente me quitaron la tranquilidad y el reposo.

Clem. Y bien, amigo: ¿qué concepto has formado de ellas? Yo te creo hombre de bien, y por lo mismo espero que no desmentirá el labio el dictámen de tu razon.

Sever. Puedo asegurarte, que si tus discursos hasta aquí no me han parecido irresistibles; los he hallado tan fundados y probables, que han hecho estremecer los cimientos vigorosos de mi filosofia. ¿Quién sabe (me decia yo á mis solas) quién sabe si Clemente dirá bien, y yo estaré descaminado? Pasando despues adelante, sosegado el tumulto de mis pasiones repetia: si Dios ecsiste,